

COMENTARIO

Las palabras del evangelio de hoy las dice Jesús a un enigmático per-sonaje llamado Nicodemo. Era hombre culto y muy entendido en la re-ligión judía. Escuchaba a Jesús en secreto. Jesús le explica aspectos importantes de la fe cristiana: que Dios ha enviado al mundo a su Hijo pa-rra ofrecernos nueva vida, alegría y salvación y no para condenarnos y castigarnos.

El Antiguo Testamento (AT) está lleno de frases en las que se habla de «El Espíritu de Dios»: crea la vida, conduce al pueblo de Israel hacia la liber-tad, les enseña a ser fieles... Aparece en el AT como la fuerza de Dios para cumplir su proyecto de vida y amor. Como aquellos primeros cristianos, cele-bramos que el Espíritu de Dios sigue presente y nos anima.

Los cristianos procuramos tener una visión positiva del mundo y de las personas. Aunque existen dificultades y problemas, creemos que Je-sús ha resucitado, ha vencido al dolor y la muerte.

SABÍAS QUE... Los discípulos secretos de Jesús Nicodemo

El evangelio de Juan presenta a un discípulo que acudía al abrigo de la noche a conversar con el Maestro: Nicodemo, que significa: victoria del pueblo. Era fariseo y una relevante perso-nalidad judía.

José de Arimatea

Judío muy importante al que alaban todos los evangelistas: hombre bueno y justo. Debía ser rico. Aunque seguía a Jesús a escondidas, al final arriesgó su prestigio solicitando a las autori-dades el cuerpo sin vida de Jesús para darle una honrosa sepultura.



ORACIÓN: El camino de Jesús está hecho de espe-ranzas. Quiere que nuestra vida crezca, que nuestra mirada se clave en el futuro, que nunca nos canse-mos de crecer hacia dentro y en profundidad. El ca-mino de Jesús se recorre dejando huellas de amor y perdón. El camino de Jesús es un sendero de justicia, de paz y de com-promiso generoso para ayudar a todos a vivir alegres y caminar.

Web Santa Clara: www.parroquiasantaclara.com

DONATIVOS EN CUENTA PARROQUIA. 2095 3188 03 1094524625



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san JUAN
3,16-18

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mun-do se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Palabra del Señor

HÁBLAME DE DIOS

Dije al almendro: háblame de Dios y el almendro floreció. Dije al pobre: háblame de Dios, y el pobre me ofreció su capa. Dije a un pequeño: háblame de Dios y el pequeño sonrió. Dije a la fuente: háblame de Dios y el agua brotó. Dije a mi madre: há-blame de Dios y mi madre me dio un beso en la frente. Dije a la voz: háblame de Dios y la voz no encontró palabras. Dije a la Biblia: háblame de Dios y la Biblia no paró de hablar. Dije a Je-sús: háblame de Dios y Jesús rezó el Padrenuestro. Dije teme-roso al sol poniente: háblame de Dios y el sol se ocultó sin de-cirme nada. Pero al día siguiente al amanecer, cuando abría la ventana, ya me volvió a sonreír.

PAPÁ, MAMÁ HÁBLAME DE DIOS

Voy a soñar con los ojos abiertos. Un niño de nuestros pueblos o ciudades, de estos comienzos del siglo XXI, acostumbrado a ver la tele, a tener una «tablet» para jugar, a ir al colegio con más de lo necesario, a tener en el frigorífico todo lo que le apetece y más, a usar un teléfono móvil de última generación... Este niño, digo, un día le dijo a su padre y a su madre: «papá, mamá, háblame de Dios». Lo que digo puede ser muy ingenuo, muy simple, muy enternecedor dicho por un hombre creyente que pasa la cincuentena.

Pero hago esta pregunta: ¿quién habla hoy de Dios? ¿Alguna vez nos hemos propuesto hablar de Dios a nuestros hijos, sobrinos, nietos, sin que ellos nos preguntaran? ¿Solo se puede hablar de Dios en un ámbito de catequesis o de celebración litúrgica? ¿Esperamos a que los niños nos pregunten, y, si no nos preguntan, no les decimos nada? Puede haber varias razones. Una, la más corriente y probable, es que no sabríamos qué decir. Porque de Dios solo habla bien Dios, y la persona que lo «conoce», porque lo vive desde muy dentro. De Dios no habla bien ni el teórico, ni el ideólogo, ni el profesional de la religión. Solo el creyente que reza y ama sabe hablar bien de Dios. Otra razón, más elaborada, es la que repite la letra de aquella canción de hace unos años sobre la educación de los hijos que «cargan con nuestros dioses y nuestro idioma, nuestros rencores y nuestro porvenir». Para el autor de esta letra, la transmisión de la fe sería algo así como «cargar con nuestra mochila a nuestros hijos, incluyendo los mitos, dioses, ritos...». ¿De verdad es eso «hablar de Dios»? Nunca han sido tiempos fáciles para la fe cristiana. Hace siglos porque bien otras confesiones religiosas (Islam preferentemente) se oponían con vigor, bien porque los ilustrados de cada momento oponían la «diosa razón» al Dios de Jesús. Los riesgos hoy vienen por otro sitio: no hablamos de Dios sencillamente porque no lo necesitamos (al menos eso creemos); o si lo necesitamos, queremos que sea un «ídolo» a nuestro uso y alcance, no soportamos al Dios personal que nos busca, nos habla y nos interpela. Para algunos más «leídos» es una proyección de nuestros deseos y una solución para nuestros miedos atávicos; un producto de nuestra mente y una fuerza a la que hay que dominar.

Pero ¿ese es el Dios cristiano? ¿Ese es el Dios que se revela en la Biblia? ¿Ese es el Padre de Jesucristo? La realidad es que Dios ha salido de nuestras vidas. Sea por desconocimiento, por no saber qué decir; sea por desinterés, porque no creemos que aporte nada creer en Él, la realidad es que hoy no se le «ataca», en una especie de «ateísmo militante», sino que sencillamente se ignora. Por eso, en este domingo de la Santísima Trinidad podemos pensar: ¿en qué Dios creemos? ¿Nos atrevemos a hablar de Dios?

Pedro Fraile - REVISTA EUCHARISTIA

CREDO DE LA VIDA

Creemos en Dios, Padre de la vida, que actúa en la historia, que nos ha creado para la plenitud y nos compromete a defender la vida frente a los poderes de muerte desatados hoy por la injusticia, el hambre, el armamentismo, la explotación, la deuda externa y la violación permanente de los derechos humanos.

Creemos en Jesús, Hijo de Dios y hermano nuestro, que apostó siempre por la vida, que vivió en plenitud su vida, que defendió la vida más débil con su vida; evangelizador de los pobres, liberador de los cautivos, luz de los ciegos, portador de paz y justicia para indígenas y campesinos, obreros y habitantes de suburbios.

Creemos en su muerte y resurrección, signo, fuente y primicia del triunfo definitivo de la vida.

Creemos en el Espíritu Santo, señor y dador de vida desde siempre y para siempre, abogado de nuestras causas perdidas, vivificador de nuestras entrañas, renovador de toda la historia, que anima y conduce el proceso de liberación de todos los pobres y olvidados de la tierra, creyentes e increyentes.

Creemos en la Iglesia, comunidad de hermanos, que arranca desde los apóstoles y manifiesta su vitalidad desde los empobrecidos de la tierra.

Creemos en una Iglesia servidora y sin privilegios, evangelizadora universal, testigo de la buena noticia y compañera del pueblo excluido y marginado.